

Debate sobre "La muerte de la antropología [...]"

QUÉ LE PASÓ A REYNOSO ¹

Patricia Arenas *

"Conocemos ya las leyes que gobiernan el comportamiento de la materia en todas las condiciones excepto en las más extremas. En particular, conocemos las leyes básicas que subyacen bajo toda la química y la biología. Ciertamente, aún no hemos reducido estas disciplinas al estado de problemas resueltos; hemos tenido, hasta ahora, poco éxito prediciendo el comportamiento humano a partir de ecuaciones matemáticas."

Stephen W. Hawking ²

A simple vista, la muerte de la antropología no pudo sobrevenir sino a causa de la muerte de la historia, en el marco de la gran mortandad acometida a muchas y variadas cosas desde que los teóricos franceses, allá por los años sesenta, comenzaron a vestir el sayo de la parca. La muerte de la novela, por ejemplo, fue anunciada en París antes de la publicación de *Cien años de soledad*. Desde allí se nos anunció también, por aquella época, la muerte de la pintura de caballete, ignorada por Bacon entre otros.

Hay, sin duda, un duelo mal elaborado, como dirían los psicoanalistas. Y a consecuencia de ello parecería que las partes interesadas se niegan a llevar luto. Ahora, entre nosotros se nos participa de la defunción de la antropología (¿social?). Más vale tarde que nunca, ya que los hedores del cadáver comenzaban a ser percibidos desde el campo vecino de la sociología, la que sobrevive malamente, según Reynoso, gracias a dosis masivas de estadística. Sin embargo su obituario no parece sacar fáciles consecuencias de la muerte de la historia y la precipitación generalizada de la posmodernidad. El autor, que hace una diagnosis plausible del estado catatónico de la racionalidad antropológica, no es radicalmente escéptico sino en cuanto a la antropología soft, huyendo de la cual los arqueólogos habrían salvado la vida.

De partida, el autor nos dice que nos engañó con el título de la nota, donde se prometían perspectivas para después de la muerte, lo que supongo no deberían ser más que perspectivas laborales para los antropólogos. Nos alegramos pues no es nada agradable eso de andar de cadáver en cadáver sólo porque hay que llevar el pan a casa. Pero el engaño es doble: el del título, sobre la amenaza de "perspectivas" póstumas que no se cumple según nos deja entender simplemente porque no, y el que deja que supongamos que el autor la tiene clara pero se la guarda para sí. Por supuesto, debemos atenernos a lo que el autor dice, o en todo caso inferir de lo implícito en el texto.

* Antropóloga. Instituto de Arqueología. Universidad Nacional de Tucumán

Sin embargo, podríamos contentarnos meramente con lo explícito. En este sentido, se desprende que lo que Reynoso reprocha (con un enojo poco científico) a la antropología es no haberse endurecido, y a los antropólogos el orgullo pueril, "humanista", por la ignorancia de los números. Es decir, la antropología, cuya génesis tiene antecedentes en su separación de las ciencias naturales, tiene en eso precisamente su tara innata. Si es así, el único remedio a la enfermedad terminal que diagnostica el autor (describiendo un síndrome con el que es difícil disentir), sería volver al naturalismo, sea un darwinismo social renovado por una culturología científicista. El mismo autor predice esta crítica en su artículo, y quizá sea esto lo que lo disuade de ofrecer el remedio.

Personalmente, no creo que una crítica deba ir acompañada necesariamente de una propuesta, y menos lo creo en cuanto a una poscrítica. Pero el carácter inconmensurable de la que se trata, su condición trascendente respecto de las pruebas, la propia ambigüedad de las anomalías señaladas, así como lo enigmático (por lo obvio) de las propuestas implícitas (uso de la computación, de la estadística, de la lógica, del diseño de modelos, etc.) convierten el artículo de Reynoso en un exabrupto literario.

Respecto de la pasión cibernética del autor, no habría nada que observar. Pero si de la computación debe surgir un instrumento o un método nada se nos dice. Como instrumento la computadora nos liberó del ábaco y los dígitos anatómicos. Sin embargo Reynoso parece ir más allá, y no sabemos si lo que tiene en mente es una metodología binaria que plasmará los procesos cognitivos (humanos-humanistas) a imagen y semejanza. Es decir, y pese a lo lejos que aún estamos de la inteligencia artificial, que pensemos como computadoras.

El autor tiene mi simpatía cuando pone negro sobre blanco el encierro académico de nuestra práctica, pero resisto su encierro epistemológico. La diatriba contra los antropólogos podría ser justa en tanto somos los antropólogos los que hemos hecho esta antropología. Pero en cuanto la antropología es inocente, los deseos de muerte parecen ir dirigidos contra los antropólogos. Hemos dado a la disciplina una orientación equivocada; si le hubiéramos dado la dirección justa sería como una ciencia exacta, como decir símbolo más símbolo por mito menos filosofema.

A mi entender, lo exacta que pueda ser la historiografía, por ejemplo, podría deducirse de lo exacta que es la historia y lo mismo vale para la antropología. Si Reynoso quiere colocarse en la fila de la poscrítica y recitar el *de profundis* escéptico, o del lado de la epistemología dura para trazar límites entre lo que es ciencia y lo que no lo es, no me queda claro. En este último caso nos estaría diciendo que la antropología no es o dejó de ser una ciencia, lo que en realidad no inquietaría a nadie, porque como aquello que es seguiría siendo. Lo desconcertante es que, sin una extremaunción conveniente, se nos anuncia en el texto, al menos cuatro veces, que la antropología ha muerto. Es como si el autor, esgrimiendo el *a priori* luctuoso, se va convenciendo a sí mismo al acumular anomalías internas que lo llevan una y otra vez a desahuciar toda esperanza, como dejando entender una y otra vez que se resiste a la trágica evidencia de los "hechos". Como retórica no es de las mejores, pero deja a salvo la buena voluntad de la inteligencia binaria.

Supongo que el autor se va de nuestra comunidad pseudocientífica golpeando la puerta, y que la ética científica que da énfasis a su texto le impedirá continuar con su actividad académica remunerada, dejándonos a los rapaces que nos nutramos de la carroña antropológica. Esto, desde ya no es crítica de la crítica, es simplemente una yuxtaposición intersubjetiva de textos.

Sabemos que la antropología fue desarrollando su campo al extenderse de los

grupos etnográficos a las sociedades complejas. Históricamente es evidente que los antropólogos dejaron de creer que un mentón prominente denota fuerza de voluntad o que la craneometría podría decir algo sobre la cultura. En este camino de alejamiento de las ciencias naturales y sus cuadros taxonómicos problematizará sus incumbencias. Disputará el terreno a la sociología y a la psicología, a la economía y a la lingüística, y en la competencia irá perdiendo identidad, pero al mismo tiempo irá definiendo un marco interdisciplinario en el que no siempre será deudora. Para bien o para mal, el estructuralismo, por tomar un ejemplo reciente, ha sido el programa que impregnó las teorías sociológicas y la crítica, el psicoanálisis y la propia lingüística. Sin embargo, concedo a Reynoso que el apoltronamiento intelectual es, como suele decirse, "un dato cierto" en la producción antropológica, que nos hemos abandonado a un filosofar espontáneo, a las monografías descriptivas y, en el peor de los casos, a un eclecticismo que no es otra cosa que un renunciamiento a la comprensión y explicación científicas y metodológica. Así, por estos motivos más otros imperativos externos (que Reynoso no analiza) éste se ha ido desdibujando hasta la desaparición de una episteme propia.

Sin embargo, más allá de inclinaciones exculpatorias, no es menos cierto que la historia reciente, el nuevo "(des)orden universal", ha herido gravemente todo núcleo explicativo en las teorías sociales. Lo que en los textos del neoliberalismo y la poscrítica se presenta como una simplificación extrema del mundo, la homogeneización de la "aldea global" bajo el slogan de fin de la historia, es en realidad una complejización extrema que lleva a un replanteo radical, racional, de las relaciones y las categorías sociales (¿no podría ser esto estimulante para la agonizante antropología social?)

Sin embargo, la homogeneización cultural no significa el bruído de una superficie lisa sin trasfondo. Se dice que todo está expuesto en una cultura universal cínica donde el instinto ha hallado sus formas transaccionales en un nuevo orden social y económico hegemónico que sublima el deseo en un plano inmediato de la conciencia individual multiplicado en la sociedad. Críticas y hermenéuticas varias han pedido mordedura en un mundo no ya de iguales jurídicos, sino de idénticos en lo ideológico, donde la diferencia minimalista antes bien confirma la trama y da relieve a la textura. Eclecticismo uniforme, manierismo de lo funcional, desertificación de los espacios públicos, feudalización de los saberes, allanamiento tecnológico y todo lo que ya describe la poscrítica bajo el slogan del fin de las ideologías. ¿Significa en consecuencia que la cultura posmoderna ha dejado en la pretérita modernidad las culturas, las de clase, las nacionales; que ha relegado las tensiones y el sentido agónico de la historia y también la interacción entre individuos; que le ha quitado al arte su dispositivo de extrañamiento de lo real para reducirlo al texto tal como ocurre con las ciencias sociales? Ergo, todo lo que no "funcione" o encaje en orden a lo tecnológico será en tributo a la palabra ornamental, entrará en el campo de una estética.

Para no abundar diré que todo esto es cierto a condición de que hayamos recalado en el último puerto. Dicho de otro modo, si no es que el fin de la historia es una hipótesis que trae para sí este cuadro detenido en el mundo, si es que nada vive fuera del sistema FMI-Hamburguesa. Si es que lo único racional real está en las ciencias con extensión tecnológica al consumo. Pero pienso, en cambio, que en los intersticios, en las fallas de esta aparente tersura cultural y en su misma trama, están las simientes de un movimiento venidero que no podemos predecir sólo como una posible reacción de la nostalgia moderna, como un símil del gesto romántico de hartazgo hacia la teleología racionalista, y tampoco ya quizá como la síntesis cualitativa del antagonismo capitalismo-socialismo. El fin de la historia supone desde su enunciación la realización completa del sistema

victorioso, pero ni siquiera si esto fuera cierto supondría el borroneo del pasado, y esto indica sin dudas que ningún sistema se realiza sino en la dirección de un desenvolvimiento empírico que desarrolla su ciclo incompleto generando su propia negación. ¿No es posible que sea esto lo que le ocurre a la teoría antropológica?

Cuando el profesor Reynoso denuncia un supuesto "humanismo salvaje", nos da paso a una clara aversión a los análisis externalistas; cuando se inclina a los ejemplos de la física y de las matemáticas y hace una salvedad de la arqueología nos habilita a sospechar que el núcleo de su crítica sería (en condicional) enfocado desde una postura internalista. Es desconcertante entonces su reproche a los que han abandonado la intención de transformar la realidad, a menos que demuestre que la realidad puede ser transformada desde las ciencias duras, que se circunscribe a los efectos de éstas sobre la cultura, la economía, la política, el arte y la religión. Aun en este último caso, el retorno de la realidad sería dialécticamente determinante en el desarrollo interno de las ciencias. Además, ¿no es esta contradicción imputable a la falta de lógica y al eclecticismo que el sepulcrista reprocha a los antropólogos?

La limpidez binaria, como se ve, conduce a una lógica discrecional que a su vez conduce a la contradicción que no preocupa al ecléctico. Confundir la racionalidad epistemológica que se identifica en la crítica con la historia interna, con la racionalidad a secas, es decir con los mecanismos cognitivos en general, revela por lo menos una proliferación del análisis basado en oposiciones en sí mismas. Una dialéctica abortada no es más que una lógica senil.

Así, si dice que la antropología está muerta, desafía a que alguien demuestre que "vive en plenitud"; y si alguien le responde que no está muerta ni vive en plenitud lo hará apelando al estribillo de la crisis que lo tiene harto; si no hay imperativos científicos, métodos, técnicas y conceptos computables, es porque hay placer del texto, criterios estéticos, humanos. Un mismo espacio no puede ser ocupado por dos cuerpos, dice un viejo principio de la física. Sale uno y entra otro.

Luego de un diagnóstico con una descripción interna de las anomalías, se nos informa que la causa de la muerte de la antropología es el avance del posmodernismo (rótulo externalista *à la* Hayek), criterio que sería aprobado con entusiasmo por el "kuhnianismo salvaje". Si Reynoso se priva del "placer del texto" en un voto casto al rigor científico, sucumbe en cambio no ya a la lógica universal y atemporal que proclama confirmada por la genética, sino a lo que llamaríamos la compulsión del texto a partir de la frase "la antropología ha muerto". Y así, en el inevitable plano inclinado, cuando al final del panfleto aún le queda por demostrar la frase fatal, confía más cómodamente la demostración aplazada a que nadie pueda demostrar que la "antropología vive en plenitud" ¿Quién acepta el reto? Admiro de Reynoso su audacia, el sacrificio de su credibilidad científica en una provocación que si tiene algo de positivo es, más allá del berrinche infantil, de la necro-lógica, la denuncia de nuestros vicios y la invitación a una discusión sobre el estar-siendo de la antropología.

Para terminar. Una pregunta que nos podríamos hacer en el marco de la insatisfacción de lo que podríamos llamar el "principio de incertidumbre constante" de la antropología (para tomar nosotros también el lenguaje de la física es: ¿tienen las cuestiones humanas un gobierno regido por leyes deducibles y configurables en ecuaciones y teoremas? O: ¿qué constantes de la conducta humana podrían surgir de las estadísticas, más allá de la encuesta? Otro principio utilizado por la física es el de entropía, que sirve para no penetrar en los conjuntos en los que no gobierna ninguna ley aparente, es decir, donde aparece el error y el caos. Es un lujo de la física que las disciplinas sociales no

pueden darse; podríamos decir que éstas hacen de la entropía su objeto, por mucho que aquí y allá aparezcan regiones de la actividad humana "ordenada" por leyes, como la economía. En este sentido la antropología es una hermenéutica, tal como ocasionalmente la física lo es cuando la entropía o la "frontera de acontecimientos" obliga a filosofar.

Pero las partículas y los cuerpos se ven obligados a obedecer ciertas leyes mecánicas, es decir, no mienten, no simulan, no ignoran, ni saben ni creen, como los seres humanos; se mueven pero no cambian, no dicen una cosa y hacen otra. ¿Hará falta decir que el psicoanálisis es materia bastante más compleja que la mecánica cuántica?, y ésta, ¿tiene algo que decir a la antropología, a la historia?

Es decir, ¿podría la antropología proceder por incremento de contenido heurístico, o para decirlo con las categorías de los epistemólogos duros, mediante el acoplo de una heurística positiva que sirviera de base de partida a la producción colectiva? Pero hay otras preguntas que podrían ser satisfechas. Por ejemplo, si la Interdisciplinariedad (con perdón de la palabra) no es también una forma de producción colectiva; o si el uso de las matemáticas y la informática que Reynoso propone es o no es una apelación a otras disciplinas, habida cuenta de que este autor prohíbe al mismo tiempo considerar la Interdisciplinariedad como una actividad válida.

Pero volviendo al argumento anterior, no podemos dejar de observar que en la medida en que lo interminable se enfrenta a la física, ésta da mayor espacio a la física teórica, al método deductivo, a los números y, en fin, a la metafísica. Cuando en este confín alguien nos conmina a los antropólogos a endurecernos, en los emporios mundiales de la física se remontan cada vez más las predicciones a verificaciones "positivas" en el reino de la ciencia ficción. Es cierto que ellos tienen un buen parque de leyes que funcionan desde Newton a esta parte, mientras que la antropología ha producido una sola: la prohibición del incesto. ¿Tendrá algo que ver esto con las diferencias de estructura entre el universo físico y el universo social?

Quizá responda mejor el físico y matemático que escribió la melancólica frase que me sirve de epígrafe.

(1) Esta respuesta fue elaborada antes de que aparecieran en *Publicar* Nº 2 las respuestas de R. Guber y S. Visacovsky y la respuesta de Reynoso a ambas. Considero que los argumentos allí sostenidos siguen vigentes. Sólo he agregado algunas reflexiones más en el texto "El 48, el muerto que parla"

(2) Hawking, S. (1991) *Historia del tiempo, del Bigbang a los agujeros negros*, Ed. Crítica, Barcelona.

EL 48, EL MORTO CHE PARLA

Con un esfuerzo bastante condescendiente, Reynoso intenta en su respuesta a las críticas de Guber y Visacovsky (*Publicar*, Nº2) llevar su interpretación a un terreno algo más concreto pero cuya consistencia parece nutrida con más de lo mismo. La operación consiste en descalificar las críticas a su artículo con una sobreabundancia de las metáforas valorativas del mismo tipo de las que utilizó para confeccionarlo; en exponer, con la simulación de una enumeración atonal que no logra eludir la invocación mágica, el etcétera imposible, sugestivo, de las técnicas disponibles que son en realidad el capello

del "yo sé" que afirma el "tu no sabes". Este saber suyo del que expone una larga lista incompleta de las carátulas de sus capítulos, lo exige según afirma de demostrar lo que afirma, desde que la antropología ha muerto (ahora parece que sólo murió el interpretativismo) hasta que él sabe de lo que habla y los demás no. ¿No se parece esto a aquella razón suficiente del "yo estuve allí" (persuasivo) como validación "objetiva" de la presentación (o re-presentación) del saber?

Ahora sabemos que **turn** no es retorno, sino **giro**, por supuesto, no nos propone una tornante al naturalismo, ni una normativa más allá de la que pudiera surgir eventualmente del uso de los instrumentos propuestos, pero tampoco nos promete definir la antropología como **campo** al que puedan aplicarse estos instrumentos, a falta de una epistemología que le permita superar su propia **interpretación**. Así estamos como cuando vinimos de España, y las palabras mágicas ya no nos impresionan ¿Qué pensar de esa "toda instrumentalidad comunicable (que) es por necesidad formal" y de lo que quizá Guber y Visacovsky no se han dado cuenta? ¿Qué leyes de la estructura del universo son determinadas por el telescopio? El profesor Reynoso, que parece hablar desde el limbo mientras acusa a los que no concuerdan con su estilo interpretativo milenarista de estar prendidos a la teta del poder académico, atempera su profetismo aclarando que lo que propone son instrumentos. Pero como para esto no hacía falta tanto ruido, inviste a los instrumentos de un formalismo intrínseco que la ironía defensiva lo exige de demostrar, cuando que es lícito sospechar que es esto precisamente lo que debe ser fundado para que todo lo demás no sea un **flatus voci**. Sin embargo cree, convencido de que dio jaque mate, que la prueba de que la antropología "vive en plenitud" deben darla los otros, y por una razón muy sencilla: sus músculos, ya que él es formalista y como tal tiene la "experiencia de aplicación correspondiente" y el "ejercicio de la contrastación abstracta", además de la "verdad de la historia disciplinar" que lo autoriza para el uso de fórmulas lingüísticas definitivas e inapelables, mientras que los otros son meros interpretativos que responden con sus "versos sin poesía". Y tan luego es él mismo quien reclama que se discuta lo que dice y no cómo lo dice, dejando entender u ocultando según convenga, que el lenguaje es también un instrumento, mientras se exhibe en juegos malabares con los epítetos.

La poca atención que Reynoso dedica a la réplica de Visacovsky en el sentido de que la contradicción entre "pretensión científica" y "persuasión retórica" se resuelve necesariamente por la eliminación del primer término, y en consecuencia (¿causal? ¿dialéctica?) por la invalidación de la "empresa tal como fue abordada", es por lo menos curiosa en quien se muestra tan conciente de los daños del "placer del texto", del interpretativismo y de la necesidad del uso de los instrumentos disponibles, como si la relación definiendum-definiens, o más largamente el discurso fueran inocentes en relación a la "instrumentalidad comunicable". En realidad, me parece que este es el punto en el que se concreta un problema gnoseológico básico al que afluyen las anomalías atribuibles en las ciencias sociales al goce literario, mientras el dilema planteado por Reynoso, la forma que niega el contenido, abriendo un abismo epistemológico, planteando hipótesis inconmensurables, nos extralimita a generalidades filosóficas.

Si Reynoso quiere fundar nuevas bases positivas para la cognición antropológica, si es capaz de hacerlo sobre el vacío heurístico definiendo una episteme incumbente, tendrá un lugar en el Panteón de los que nos acercan a la promesa de una Teoría Unificada de la Ciencia, pero antes debería demostrar esta capacidad de la antropología, ya que tuvo la iniciativa de un diagnóstico inconmensurable. Si no es así, si más modestamente piensa que tiene nuevos instrumentos, y que éstos deben esgrimirlos los antropólogos

(dentro de la antropología viva o muerta), tendría que bajarse del caballo, abandonar las invocaciones tecnomágicas y simplemente mostrar en un trabajo aplicado cómo funcionan sus artefactos. Presumo que no será tan "fácil" como liquidar a Lévi-Strauss en seis movimientos de lógica binaria o demostrar en una charla de pasillo que Habermas es "un imbécil", otras dos marcas que Reynoso luce en su pistola.

Por último, la irreductibilidad casi fideísta de los argumentos reiterados por el profesor Reynoso en su crítica a las críticas me hace pensar que la utilidad posible de este debate se asentará en quienes se niegan a un juicio apriorístico sobre la existencia de la antropología.